

MARIANA
BERNÁRDEZ

Nervadura
del relámpago

LETRAS | POESÍA

Nervadura del relámpago

COLECCIÓN LETRAS



poesía

MARIANA BERNÁRDEZ

Nervadura del relámpago



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Evelyn Osornio Jiménez, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Nervadura del relámpago

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2013

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Mariana Bernárdez Zapata

ISBN: 978-607-490-272-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/44/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A mi padre, José

De la huida:

Cuando un recoger silencio
y una luz demasiado luz
es herida
o palabra

Alguna vez he visto la luz cuando transparenta
donde la línea cae en vértigo
linde entre el cielo y el monte
cuando trema la claridad.

Detrás del blanco
el olvido
Nervadura del relámpago
arrastrando su tajo
Balanza en fuga
Un brazo hacia las nubes
y el otro a ras de vuelo.

El trazo rasga la inmaculada blancura
detiene el temblor del verbo
no su cadencia interna
ni su capacidad de alloverse
ahí donde la espera
pareciera un regalo oculto de dioses
cuyas miradas nos pesan en los párpados

El sueño gotea tras el verderol de los árboles
y el aire huele a día ido
dulzor del almizcle cuando la periferia del fruto
es la pauta entre lo que somos y la memoria de aquello
que es posible recordar
el paso de la hormiga
el revoloteo del colibrí
el zumbido de la abeja

Lo sabes
este cuerpo y esta lumbre
nacén de la hondura

Y me atolondra la imagen de la casa
el olor a caña quemada
el canturreo del río
el griterío de niños en hazaña
dejando tras de sí algún bolsillo marchito
allí el plátano y el limonero
allá el guayabo y el hule
más lejos el zapote cargado de jazmín en flor
y si aguzas los sentidos voces antiguas huyen del camposanto
cuando las campanas llaman a misa en el día de los vivos.

Dejamos la casa

Nos ardía el miedo

las frases huían de la boca en el marasmo de la emoción

Atrás iban quedando las señas de los juegos infantiles

la piedra y el agua

la cruz y la parroquia

Atrás el mercado y el revoloteo de pájaros

era tanto lo que queríamos llevar

que las manos y el lomo de los animales

no bastaron

En tropel arrastramos los pies

cruzando el polvo de la sierra

Con las noches

los ojos se nos iban agrandando

y la duda agostaba la posibilidad del regreso

Quizá fue cuando perdimos el camino

y dejamos de saber si éramos ángeles innombrables

o simples parias

que ante el horror

preferimos ser olvidados.



¿Habremos de abandonarnos entre los días?

¿dejarás de lado lo nombrado?

¿lejos de lo que fuimos

dónde el arraigo?

Y en dolerse poco hay para aventurar la risa

Sin labios

¿en qué beso abrazarse?

De la hermana:

Inhabitado soplo en la piel



Tanto miedo de escribirte
y no saber decir lo que se me enreda en la cabeza
miedo de anudar el destino a través de la palabra
y su ocultación

No habría de morir
el delirio sería parte de la morfina
pero su rostro se volvería una distancia

La casa dejó de ser refugio
para inventarse testimonio de lo no vivido

A veces
se vive entre sombras.



Alguien dio el parte médico

Mujer de treinta

Antecedentes familiares varios

Carcinoma.Invasivo.Infiltrante.

No me sentí desvalida ante la sutura que acusaba el vahído, sino frente a la mirada compasiva que escondía una repulsión velada.

Cambié a través de esos escrutinios, y al tratar de endurecerme, el pulso me aclaró que la fuerza radica en la vulnerabilidad.

Fueron otros los que me llevaron dentro de sí y me acompañaron en la penumbra.

Otros

siendo faro en alerta.

Lo peor era la lucidez
las ideas abruptas
que se me arremolinaban en insomnio

y el dolor
 latente
 inconmensurable

el vértigo...



En **duermevela** fluyen algunos momentos
danza ajena al desvarío
Mi cuerpo adelgazado hasta el ánimo
queriendo huir de mí

A veces lograba abandonarme

Veía películas
una tras otra
francesas, italianas, inglesas...

sólo así el pensamiento
se agazapaba
de su tolvana.



Cantan pájaros cuando se enredan en las ramas de la línea, el sonido es diáfano y el jardín huele a rocío y a sol de amanecer.

Miro tras la ventana.

¿Dónde se resguardan las horas con quienes amamos, las señas, los gestos, la tregua pactada?

La existencia se escapa entre la amarga placidez y lo cotidiano: disputa incalculable contra el absurdo.



Dicen que escribimos distinto, debe ser así, todo difiere entre nosotros, somos rayas en el agua.

Sorprende lo fugaz del simple estar, y a la vez, cuánta destreza al defender el fino equilibrio entre diástole y sístole...

Quisiera dormir, pero me atormenta su cuerpo conectado a electrodos que lo acompañan.

Estaba sedado, pero tomó mi mano con fuerza. La ciudad con sus miles de luces coronaba su cabeza, el ventanal en su limpidez no ocultaba el anochecer.

Llegar a casa fue una osadía en ese estremecimiento.

El problema no es ser en el tiempo, sino aprender a sostenerse en su filo sin romper la tesitura, como el ventanal, frontera entre la noche y la fragilidad de la vida.



Hoy amanecí con Delfos en los ojos
el murmullo de sus piedras
mis pies sobre la brecha
y el sol reflejado en la tersura del polvo

Imagen que adviene cuando miro el árbol
que ampara la vista al parque
y se sobrepone
—anublándome—
su cuerpo crucificado por máquinas
que habrán de resucitarlo

Alegato de lo dado y lo por cumplir

Quizá la muerte lo esquiva
porque la prenda a dar
no es su corazón

sino algo más hondo
que no es capaz de presentir.



Nana me da la orquídea
“se está muriendo”
—susurra al ponerla en mis manos—
No sé sanarla
Pongo agua cercando sus raíces
Toco sus hojas
pero comienza a desprenderse.



Camino alrededor del parque
con migajas para los pájaros
Mientras sopeso su redondez
pienso en este tiempo que me redime
en el inevitable pasar del mundo
aún de ser ajena a su movimiento.



Me preguntan si escribo un diario de impresiones
No lo creo
Cada día
el sueño se apodera durante más horas de mi cuerpo
Necesito alcanzar una orilla.



In.locura

Las voces que me habitan se han ido

Me aqueja el sigilo

In.lloro

Furia ensañada mi no-simiente

In.mudo



La orquídea me observa

poco dice sobre mi intento

de hallar una clave que descifre

este tránsito mío que no entiendo.



Finalmente el frío
Llamas para decir
que has llegado a tu casa
 la de antes y la de siempre
 Me aletargo
 La quietud...
 Estoy empezando a olvidar.



Y a pesar del viento arremolinándose
la gente camina por el parque
Deshabitada no sé contar historias
y el ciclo se prolonga
El viento...
¿Será el viento quien se lleve mi voz a lo lejos?



Aún conservo el ave del paraíso, habíamos recorrido el camino a Tetela del Volcán donde al Popocatepetl lo llaman Don Goyo. Quería una azucena blanca, era Semana Santa y adornaban los retablos de las iglesias, su olor era más suave que el incienso. De regreso a San José de Cuautla te conté la historia de la quinta:

el jazmín de la abuela
las palmeras de los primos
el amate devorado por la hormiga roja
las jacarandas guardianas del jardín...

Recuerdo el aire perfumado
el olor a caña quemada
la flor de zapote y la de guayabo
mezcla que embriagaba el vuelo
de luciérnagas y murciélagos.

La noche era muy oscura
y las estrellas atemorizaban con su inmensidad.



No escribo tu nombre por temor. Hay una incredulidad en mí que niega el derrumbe y la penumbra.

Hay nudos que no acierto a desamar y en la caricia de su rugosidad la escarcha corona las palmas. Aún no he hallado un claro donde me sean dadas a ver las huellas del Ciervo.

La luminosidad de diciembre es amarilla como el ocre de su cornamenta dibujada en la caverna.



Mientras engarzo pulseras doy cuenta del sosiego, combino piedras, plata, tiras, caucho, cuero... Sus colores queman la sordidez. Ante mis ojos desfila la vastedad del silencio.

¿Quizás en esta duración sea posible habitar en otra quebradura y espolear los tiempos hasta no acertar a saber quién se es?

Con el frío se entumen los dedos y se entorpece el engarzar. Hay algo ritual y primitivo en su arcano como si al anudar se sellara un pacto con lo inefable.

Pienso la casa que no he llegado a habitar, los libros, las plantas y, ante el titubeo, se astilla la piedra donde yacen prisioneros flecha y Ciervo.



¿Habré de conocer cuerpo de mi cuerpo?

Rastro que desquicia mi lengua
cuando pronuncia la juntura
entre la sílaba y el aire

Proferido el oráculo

no hay letra que libre su destino

Sea entonces la gracia de la luz
y no la pesantez de lo inmisericorde.



Cuando se esquiva la seducción de la muerte
la vida deja de ser un círculo concéntrico
se torna eslabón
piedra amontonada en señal del cruce de los caminos

Ella decía

que lo terrible del amor

es que al final no quedaba *nada*

Tenía razón

la intimidad se torna hueca

Mi casa es una piedra

y a su puerta llegan las plegarias.



Margaritas azules junto a la buganvilia

Otra vez el sueño

No sé qué más decirte...

Aquella tarde cuando caíste del árbol
sabía que eras una fruta verde
cuya redondez aún permanecía intacta

Los días transcurrieron
en torno a la prohibición de subir
por su tronco áspero
con azotadores que quemaban la piel
y el vano arrebató de mirarte dormir

Nada importaba
Ni siquiera el mareo de la escalada
a cambio de obtener unas gotas

del preciado néctar de la adrenalina
que habría de despertarte del letargo.



Los libros con láminas de la guerra
acompañaban la tarde
la ropa nos olía a pólvora
y los zapatos raídos poco salvaban
de la traición
de los muertos apilados
o de las calles esparcidas...
surcos que atestiguaban
el sembradío de odio intitulado
Las grandes cruzadas



Me llenas de besos el rostro

¿por ventura

los dioses

comienzan a sonreírme?

•

¿Dónde la palabra justa
ésa
que separará el mar del grano de sal?

•

El caos encalla en mis labios.

•

Perdido el imaginario
los días y el ensueño
la rama y la flor
 de la rabia al triste
reconstruyo pasos
 y el peso de tanto me dobla
 y de rodillas
 el lamento se deshoja.



¿Habrá a quién contarle que sus ojos se remontan a los del abuelo?,
¿a quién la huida de Padre en los vagones de carbón o de la ciudad
de México en los años cuarenta...?

Cuánta presencia aquí dentro espoleando
De dónde somos y a dónde vamos
va formando una cadena
en la hora altísima del alumbramiento

La madeja se me anuda
¿Para qué vivir esto?
Traigo el alma rota

Cuando era niña Madre cortaba mi pelo.



Tanto miedo se me adentró que ya no supe a qué. Vivía en temblor, al acecho de cualquier indicio, un parpadeo leve, un requiebre, un destello...

Puntualmente rendía tributo al barquero. Me sumergía en el calado de las aguas a cambio de no sentir, de no pensar. Sólo el sonido del remo adormeciéndome.



Despunta el lirio africano

me maravilla su belleza

Estudio y escribo escondida de mí

La búsqueda es un precipicio

¿Será verdad que el nacimiento dilata lo de antes y en la enseñanza diaria se vierte el saber que nos lleva a ser tal nombre y no otro?, ¿el hijo es portador de una historia inmemorial?

Me transparenteo

No tengo a quién darle mis palabras

por eso son un torbellino en lo profundo.



Hoy me pongo los pendientes que eran de mi bisabuela, sé que provienen de un joyero de Málaga.

Detrás de los pendientes
un mar demasiado azul y luminoso.

¿Otro recuerdo que no habré de contar?

La pregunta me devuelve una distinta
¿qué será de lo que he atesorado: el reloj de Padre, las mancuernillas de Abuelo, la pulsera de Madre, la orquídea de Manolo, las fotografías de Cuautla, qué manos usarán mis anillos?

Si supieran lo inútil que es escapar...



La mente y su espiral

Sube

Baja

Estalla

Rauda nos arroja a sus arrecifes

Después la rabia

El asombro y la rabia

Tanto escollo arranca de la desolación

La mirada calma de triste

delata al observador.



Aquí no pasa nada
no pasa nada
sólo el aire sordo

Finjamos ser los de antes
para jugar a cara o cruz
¿vacío o morada?
deseo que se desploma
cuando la cólera me sacude.



El ojo se detiene en el parpadeo
termina echando a suerte
el acantilado de lo oscuro
y rifa en moneda de cambio
la evanescencia de lo efímero.



A veces la desmesura de la culpa hiende el amor
su golpeteo sordo reduce el cuerpo a chinilla de cielo
pero es en este exceso

donde la esperanza habita el límite.

Si se conoció la mordedura

¿no sobrevendrá el perdón?

¿habrán de reencontrarse ahí lo amado y lo justo?



¿Dejarás de ir tras mis pasos?

Tanto para confesarnos desnudos del instinto
que nos movía el uno hacia el otro

¿Y detrás?

la afonía oculta

desde la que constatamos

el corte que mutila.



¿Cómo sernos fieles desde la ausencia?



Murió la orquídea.

No sé.

Es por demás...

Me va sobrando un tiempo
y se me deshacen los instantes
en la quietud del aire.

•

Ruido irremediable de ciudad
No rumor de pájaros
Idus de marzo.

•

Borrado lo que fuimos
¿seremos
más ceniza
 menos noche?

•

Que la tormenta renuncie a mi sitial
y la soledad no sea mudez sorda.



Llueve y el mundo renueva esponsales. La humedad extiende su senda y algunos gorriones beben agua de las macetas.

El firmamento apresa su vigilia. En algún destiempo confundí el engranaje del sueño y la lumbre de la escritura.

¿Cómo habré de vivir?



Tal el sosiego de la tarde
que si busco sentir ventura
el vuelo de la abeja es signo de lo improbable.

Tan de *nada* está hecho el aliento
que sólo advierte la memoria lo ido

en el esfuerzo que implica semillarlo
dentro de su vaivén.

Forzoso saber
cómo esta cadena de insignificancias
conformará la vida
¿cómo evitar su asedio
y reclamar para sí el augurio
de nunca un día sin relámpago
nunca sin su lacerante fulgor?



Fuiste mi Hermana, mi Madre, mi Abuela, y me abriste de un tajo el alma, y la llenaste de palabras para que no me acobardara, y velaste mi respiración, y sostuviste mis manos durante la larga noche hasta que amaneció

y te ofendí

porque la promesa del día habría de condenarme a una vida donde sentiría el vacío devorándome:
desierto cuyas arenas devastarían hasta el olvido.

Del Padre:

Antes del antes o del mar en sus ojos

El silencio aquieta el latido

El viento en filo reclamaba tu presencia y las nubes entronizadas acechaban el camino hacia ti. El golpe en la cabeza irradiaba su punzada por mi rostro, ya no joven Padre, a tu pesar y el mío.

Y la casa acusaba lo que de alguna forma habría de alcanzar.

Formas, Padre, la vida es cuestión de *formas*, las palabras son *formas* a través de las cuales decimos nuestro dentro, aunque ellas también nos digan a la par.

Cuando tuve tus manos otra vez entre las mías, músculos y huesos confundidos en un instante, supe que habías roto las vasijas donde escondías las imágenes que tramaban tu estar. Sus aguas inevitablemente se mezclaron con el sonido lejano y el eco estremecedor de la ciudad.

Ahí estabas de pie entre nosotros, con los ojos azorados. Bastó un segundo para saber que el juego efímero de la desmemoria te había atrapado de una vez por todas. Te pensabas en Madrid y no comprendías cómo las personas habían llegado a visitarte sin cruzar el

mar ni el cielo: la Esfinge repetía sin piedad el acertijo a través de tu boca.

Enmudecimos, no éramos capaces de encontrar la llave que cerrara el caer del tiempo. Eras tú y no eras tú. Me preguntabas por mis hijos, y no sabía si veías un tiempo que no era capaz de presentir, o me hundías en ese clamor interior de quien ha extraviado la risa del dichoso.

Dime Padre, para qué este dolor, qué culpas vinimos a lavar con lluvia inmunda de ciudad, ¿los bombardeos en Guernica?, ¿la radiación de Hiroshima?, ¿el 2 de octubre?

Poco puedo decir cuando sólo queda desprendernos y dejarte entrar a la sala de urgencias, cojeando, como un rey sagrado herido en el muslo, dejando su rastro: sangre de tu sangre.

Nubes, Padre, nubes alrededor de todos, blanquísimas, resguardando el alba que se añora.

Nubes.

Nubes desde la ventana, en el charco, bajo la percusión exaltada de los miles de edificios simulando un espejo vacío.

Tanta nube, Padre, para que insistas vivir en Madrid y hoy hayas rifado la suerte por Reforma.

A medio tono de pirueta, confieso, negaba la exigencia del mundo.

Veía la pradera de nubes, era agosto, alto verano y llovía sin medida.

¿Serías, Padre, en tu contención, capaz de traerme de vuelta el mar?

Comíamos juntos, comíamos distantes, taciturno cercabas el parloteo que giraba en torno a ti. De vez en vez, la garganta erraba su vidriosa cadencia y deglutías descubriendo nuevas rutas de navegación

te asustabas

nos asustábamos

se asustaban

me asustaba

y el verbo conjugado hacia la potencia infinitesimal era prueba contundente de la existencia de los fractales, no terminaríamos siendo *polvo enamorado* sino una insignificancia atragantada, y ante la insensatez, las voces cesaban.

Llovía.

De regreso a casa

el horizonte se oculta tras nubes violetas

La luz diáfana refuerza el contraste

que aduerme entre los árboles

extendiendo su verde para ganar altura

y mostrando la sórdida pequeñez

de lo que se perpetúa en el polvo

—¿Alguien recuerda el nombre del Hijo Pródigo?

Padre inmóvil se ha marchado a Madrid. Su cabeza se llena de otros lenguajes mientras desamarra su cayuco y comienza a ausentarse.

Yo enraízo pinos
y liquidámbaros
frente a la puerta de la casa
para que siempre encuentre la cifra del regreso.

Las nubes reflejan el hilo de tu respiración
que desata el aire hacia tus pulmones
arista de tu mirada verde acuosa
fija en una lejanía impropia
Estamos a tu alrededor enramando ceniza
para no verte ir tras la espuma de sirenas
que rondan en eco desde tu niñez
y hemos echado los cerrojos
para que la ventisca no leve tu ancla.



El mar abandonó el color de los ojos de Padre
y distraída por el revoloteo
no advertí el paso de mi infancia
ese lugar donde me inicié en el misterio de la escritura.



Perdida la hebra no pude ovillarme
floté aterrada por no pertenecer
ni a la sal ni a los riscos

Nadie reclamaba mi potestad
sólo la voz de Padre vigilando mi ligereza
al invocar lo inescrutable del agua primigenia.

•

No hay aliento de mi aliento
ni rasgo ni gesto
Oquedad.

•

Nubes blancas
negras
deshiladas

y las gaviotas remontando altura
ganando velocidad
para sumergir el pico y apresar

Y nada

luego nada.

Me gusta más la luz después del sol
Pienso en lo que hemos dicho
 en lo que nos decimos
y adivino en este trance algo más que azar
 Me aferro a la tierra
 como último giro de resistencia
No tengo el valor de volver a probar vacío
 y quisiera concebir una raíz
 para que la vida nada me arranque
 y atreva de nueva cuenta probar fortuna
Respiro muy despacio
 trato de pasar desapercibida
porque sé
 —lo supe al hacer la maleta—
que el rayo reverbera en mí.

En el jardín de mañana
un pájaro
se golpea contra el vidrio
no puede virar y salir al mundo
frontera insalvable

El vidrio es un espejo
y el pájaro mira otro pájaro
y otro jardín dentro del jardín

De ese otro lado
¿quien mira quisiera
también
atravesar la orilla?

Las naranjas sobre la mesa exoneran lo perdido
y tu enojo ante tanta fractura

Era desmedida la encomienda

lograr un espacio

para que el devenir siguiera su curso

y a la par

conservaras tu destreza.

No quisiste mirar lo escrito

y era la única *forma*, Padre,

que conocía para salvarte del tiempo.

Tus ojos aturcidos, ante sombras que ninguno logramos ver, mantienen un diálogo inconexo con aquellos que ciñen tu destiempo, ¿desamparo ante lo vivido?

De nuevo tu padre te sostiene niño, su barba crecida huele a coñac y a tabaco, y presientes su abrazo envolviéndote para siempre, tú, su niño, herido, frágil, con el pelo rizado...

cardenal que habría de seguirte por los días.

Moriría fusilado

Y tú como Eneas saldrías cargando sus palabras.

Mi Padre y su padre, y el padre de su padre, moran en mí, no en el mero gesto que imprime una herencia cromosómica sino en los sueños que asaltan mi insomnio, en las visiones que acompañan mi escritura como si ellos se guardaran para sí la verdad contenida en los enigmas.

Mi Madre y su madre, y la madre de su madre, conservaron la historia, la repasaron, la fijaron al acariciar el dentro de los ojos; destronadas erigieron un reino de otro mundo, el de la entraña, el del beso, el de la elocuencia.

—Éste es tu Padre —y él me tomó entre sus manos cuando mi cabeza coronaba los pilares de su entrepierna.

Sin saberlo mi nacimiento afianzó el lazo oscuro propio de los amantes y vaticinó un principio de orfandad reiterado. A mis tres meses se le rompería el latido al abuelo y Madre languidecería surcando el desierto en los confines de su piel.

Uno tras otro
astillándose

Con este saber indócil repaso el alegato del cariño que te obliga a permanecer conmigo, y te miro a la cabecera de la mesa imbuido en un murmullo que sólo tú comprendes, lengua de viento que viene de claustros de piedra intocada y que pausa los movimientos de tu cuerpo para atender la transparencia.

Isquemia cerebral transitoria

Supongo que las neuronas se desleían
para volverse constelaciones dentro de ti

Fumabas

solo

tan solo

porque ahí a donde ibas

no había manera de estar contigo

Bocanada tras bocanada

contemplabas el humo adivinando signos y letras

tuyas sólo tuyas

y la tensión se acumulaba en mí

y el enojo

Llevabas años adquiriendo facultades incomprensibles

¿hablabas con ángeles resurrectos?

¿preparabas una cartografía de lo inmenso?

¿O tu afonía sobrevino

cuando se te dio a ver la sombra

que habría de guiarte a tu muerte?

“En el principio fue la línea y luego la letra que nos parió, se borraron las arenas y el polvo, que ardieron en la gracia de innumerables fuegos, porque en el principio no hubo costilla de la discordia ni hojas de higuera. Desnudos y abrasados en la materia informe, el soplo pronunció el universo y todos los nombres de todos los pueblos resonaron en un infinito eco” —eso dijiste, en algún momento, cuando mis dedos se negaban a escribir la primera letra del abecedario.

Padre tiene la cabeza llena de estrellas
poco dice en enigmas de su visión oracular
pero mide el palpito del día
al seguir los caprichos de la luz
trazando el contorno de la niebla
Espacio bebe a sorbos el elixir del olvido
como si en sus aguas bautismales encontrara al fin
la clave para desvelar el misterio
como si importara certeza alguna
cuando sus labios faltan a la promesa de ser
Y ya siendo silencio
lejana debe parecerle
 esta otra orilla
 desde la cual
 lo miro alejarse
 en resplandor.

Hubo otro tiempo donde la alegría ascendió más allá de su captura y donde el fulgor permeaba en huella evidente de no haber sido una esquirra. Alguna vez hubo la risa en la mirada que resguarda en su acto la verdad inconfundible de saberse esperada, aquello que se cuenta para tramar una pertenencia que se pensó inquebrantable.

¿Cómo engañar tu mejilla rasposa consolando un llanto irreverente o tu mano llamándome de la anestesia? No se puede desconocer así, pero no habré de ser yo quien te encaminé al santuario de las Euménides.

En alguna altísima hora, terrible, sin duda, habrá de romperse la brizna de la urdimbre que ha sido nuestra marcha. ¿Habré de sobrevivir tal desgarradura? No sé si para ese entonces aún tenga fuerza para ese *largo lamento animal*.

Y recuerdo tanto, desde la lluvia hasta el sol, desde el calor de los veranos junto al mar, hasta tu deambular por novelas de Agatha Christie

tu gusto al comer jitomate y pescado, y tus silencios insondables mirando quién sabe qué vastedad en ti

o el murmullo al repasar tus cirugías, o el discutir con los hermanos procedimientos y precisiones que rebasaban mi entender

Tu emoción al pujar en las subastas y tu pelo rizado

¿Dónde amparar lo vivido?

¿Habrás de perderse al igual que se me confunden fechas y lugares?

Yo sé Padre

que nos hemos querido entrañablemente.

Padre canta y fuma y deletrea la lontananza, y contiene el vuelo de sus manos como si torciera sedales invisibles, o volviera a enseñarme a hilar para hacer cabos que he equivocado.

Padre recita versos que no sabemos si imagina o improvisa a través de otros que habrá escuchado, ritmos que encubran una ausencia hace mucho deshilada, quizá por eso cierra con fuerza las puertas para que nada escape al puño de su dominio.

Padre dice y lee. Padre se estremece y repite y reinventa los hechos, y deshilvana lo inútil y atiende lo que aturde su relatar, y no comprende cómo el vinagre está hecho de vino cuando el vino ha endulzado sus sentidos. Y le llora el cuerpo y nos vapulea la derrota.

Padre duerme negando que mi mano sea del mismo tamaño que la suya.

¿Quedaré algo de ese brillo que se perfila en la entrelínea de tus facciones, asomo en la memoria de lo fugitivo: la palabra dicha, los amigos y el dominó, el cigarro en la mano esperando el nacimiento de los que habrías de alumbrar, o de las tardes adormilado por esa *lluvia que aún bate en los cristales?*

Algo habrá de persistir, de lo contrario abriríamos las compuertas del delirio y, ciegos y sordos, lapidaríamos el rastro que nos nombra.

De lo que no se ha de hablar por imposibilidad mejor callar, penetrar la letra inarticulada y dejar de existir en el azote de la cólera, cuando lo tremendo en acecho se apresta sigiloso a asestar el primer golpe, ese que habrá de convertirnos en gárgolas de una catedral desvanecida por velos de niebla.

Diluirnos en el hueco de su afonía, cerrar los ojos y no atender lo nimio porque el dolor vence, y no hay treta que lo engañe, ni quién dé vítores para que distraído tropiece en su correr.

Y callamos, y él calla, y ella también y yo callo lo que me enduele, porque de callarlo quizá se despeñe por los arrecifes de la desventura y desaparezca.

Padre, en el cruce de los caminos, donde la Esfinge pronunció el último acertijo, encontré el nudo donde habita un centro. Poco sé cómo recorrer su periferia y poco habré de lograr al girar en torno de sus muros.

¿De qué sirve encontrar cuando la condición de desamparo es el inicio de cualquier acorde?

Padre, llévame al mar, a sentir la marisma y los cristales de sal en mi piel, que quiero desconocer el mundo y este inmisericorde abandono, quiero borrar mi lastimadura y la tuya, porque sé que en algún recoveco tú sigues siendo tú y en cualquier momento volverás a decirme:

—*No te apures y desesperes
que aquí está tu Padre
para lo que te haga falta
Sangre de mi Sangre.*

Responso del biendecir

o del blanco que habita el olvido

Hace tiempo sostenía en mi mano la castaña que Padre me regaló cuando nos contó de dónde su raíz al aire. Ha venido conmigo casi treinta años y habrá de ser para los tuyos, Hermana, cuando ni siquiera pronombres seamos en la memoria de los otros, quizá sí estas palabras escritas.

La imagen de esa tarde ha perdurado en mí con gran nitidez, no fue lo dicho, ¿era el círculo que formábamos? No lo sé. De uno a uno lo que permanece es el roce del sol al caer de las horas, ¿será que desde entonces comenzamos a huir?

Según los antiguos, las primicias eran la ofrenda a los dioses, pero no fueron tus pies los que llegaron al umbral sino los míos, y ahora de rodillas, frente a esta grieta, me pregunto si habremos de ser perdonados por una culpa que desconozco y que rebasa mi comprensión.

Atolondrada, te busco para cerrar de nuevo el círculo, y siento la reverberación de la luz escapando.

La luz Hermana
la luz con la que Madre y Padre me bautizaron
y por la que me sé nombrada
Sangre de su Sangre
He aquí mi cuerpo no roto.

Bosques clandestinos
inmencionables
de luz oculta
incendian el horizonte
Vestal
Ceniza
Seca y secreta
unción.

Polanco, 2006-2012.

Índice

De la huida:

Cuando un recoger silencio...

- 11 Alguna vez he visto la luz...
- 12 Detrás del blanco...
- 13 El trazo rasga la inmaculada blancura...
- 15 Dejamos la casa...
- 16 ¿Habremos de abandonarnos...

De la hermana:

Inhabitado soplo en la piel

- 19 Tanto miedo de escribirte...
- 20 Alguien dio el parte médico...
- 22 No lo recuerdo con nitidez...
- 23 En duermevela fluyen algunos momentos...
- 24 Cantan pájaros cuando se enredan...
- 25 Dicen que escribimos distinto...
- 26 Hoy amanecí con Delfos en los ojos...
- 28 Nana me da la orquídea...
- 30 In.locura...
- 31 Finalmente el frío...

- 32 Aún conservo el ave del paraíso...
- 33 No escribo tu nombre por temor...
- 34 Mientras engarzo pulseras...
- 35 ¿Habré de conocer cuerpo de mi cuerpo?...
- 37 Margaritas azules junto a la buganvilia...
- 39 Los libros con láminas de la guerra...
- 40 Me llenas de besos el rostro...
- 41 ¿Dónde la palabra justa...
- 42 ¿Habrás a quién contarle...
- 43 Tanto miedo se me adentró...
- 44 Despunta el lirio africano...
- 45 Hoy me pongo los pendientes...
- 46 La mente y su espiral...
- 48 El ojo se detiene en el parpadeo...
- 49 ¿Dejarás de ir tras mis pasos?...
- 51 Ruido irremediable de ciudad...
- 52 Llueve y el mundo renueva esponsales...
- 54 Fuiste mi Hermana, mi Madre, mi Abuela...

Del Padre:

Antes del antes o del mar en sus ojos

- 57 El silencio...
- 58 El viento en filo reclamaba tu presencia...
- 60 Nubes, Padre...
- 61 A medio tono de pirueta...
- 62 Comíamos juntos...

- 63 De regreso a casa...
- 64 Padre inmóvil se ha marchado a Madrid...
- 65 Las nubes reflejan el hilo...
- 67 Me gusta más la luz después del sol...
- 68 En el jardín de mañana...
- 69 Las naranjas sobre la mesa...
- 70 Tus ojos aturdidos...
- 71 Mi Padre y su padre, y el padre de su padre...
- 72 Sin saberlo mi nacimiento afianzó el lazo oscuro...
- 73 Isquemia cerebral transitoria...
- 74 “En el principio fue la línea y luego la letra...”
- 75 Padre tiene la cabeza llena de estrellas...
- 76 Hubo otro tiempo donde la alegría ascendió...
- 77 Y recuerdo tanto...
- 78 Padre canta y fuma y deletrea la lontananza...
- 79 ¿Quedará algo de ese brillo...
- 80 *De lo que no se ha de hablar...*
- 81 Padre, en el cruce de los caminos...

Responso del biendecir o del blanco que habita el olvido

- 85 Hace tiempo sostenía en mi mano la castaña...
- 87 Bosques clandestinos...



Nervadura

del relámpago, de Mariana

Bernárdez, se terminó de imprimir en
enero de 2020, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara,
S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1,
colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México. El
tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la tipo-
grafía Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType.
Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué.
Formación, portada y supervisión en imprenta: Esmaragdaliz
Isbeth Villegas Pichardo. Cuidado de la edición: Eridania
González Treviño, Cristina Baca Zapata y la autora.
Editor responsable: Félix Suárez.

